

E. Mounier: persona y sistemas políticos

1. SITUACION HISTORICOCULTURAL DE PARTIDA

Si las aportaciones de un pensador suelen ser incomprensibles desmarcadas del contexto sociocultural, desde el que, y para el cual, trabaja, esto es aún más válido para un hombre como E. Mounier que, reacio a las grandes abstracciones y a la sistematización de las ideas, adopta explícitamente al acontecimiento como su «maestro interior»¹.

Nacido en 1905 se introduce en la filosofía de mano de Jacques Chevalier, se abre a nuevas perspectivas bajo la dirección de J. Maritain y sus círculos de Meudon, es por poco tiempo profesor en la Sorbona y canaliza definitivamente su pensamiento, que se debate entre lo testimonial y lo político, en la revista *Esprit*².

Si hubiese que indicar una situación histórica desde la que entender los planteamientos mounierianos, habría que analizar el crack de 1929: para Mounier, como para tantos otros intelectuales de su época, no se trata de una crisis económica más, por grave que fuere; evidencia una profunda crisis de civili-

1. *Mounier et sa génération*, en *Oeuvres*, Paris, Du Seuil, 1963, vol. IV 817.

2. Sobre *Esprit* pueden verse estas dos obras valiosas: E. MOUNIER, "Les cinq étapes d'Esprit", en *Bulletin des Amis d'E. Mounier*, 29 (1967) 9-25 y M. WINOCK, *Histoire politique de la revue Esprit (1930-1950)*. Paris, Du Seuil, 1975.

zación, el agostamiento de un ciclo histórico en Occidente protagonizado por la mentalidad burguesa y la estructura socio-económica capitalista, que si en un principio reivindicó el carácter de sujeto para la persona ahogada en el anonimato medieval, ahora la ha reducido a puro objeto en el juego de intereses, y en el de sus revestimientos ideológicos y estructurales, de la oligarquía dominante.

Mounier encuentra en su época, regeneracionismos liberales aparte, dos respuestas a la situación: marxismo y fascismo tratan, cada uno en su estilo aunque con una fenomenología pareja, de devolver al hombre un sentido que le permita recuperar su identidad y un espacio propio. Sin embargo, pese a haber volteado las relaciones de producción y el sentido de la pertenencia de la persona a una colectividad, no han logrado desalienar a los hombres ni a los pueblos, originando estructuras agobiantes de las irrenunciables dimensiones personales.

¿Qué hacer? Buscar de nuevo un estatuto social donde tenga un lugar la persona, donde pueda desarrollar sus iniciativas, donde pueda asumir sus responsabilidades, donde experimente la libertad de vivir y de crear, donde recupere su poder. Superar el individualismo y el colectivismo: persona es también, y al mismo tiempo, comunidad³.

¿Cómo hacer? Mounier rehuye el compromiso político directo, no por un afán morboso de pureza, tampoco por inhibición, menos aún por indecisión, sino por un acertado deseo de no hipotecar en el parcial proyecto de un partido su ambiciosa y globalizante empresa de «rehacer el Renacimiento»⁴.

A pesar de la primera apariencia que ofrece su obra (estilo periodístico, anotaciones rápidas sobre los acontecimientos del momento, un cierto «modo francés» de hacer las cosas...) es claro que hay en ella un análisis riguroso de la Europa que conoció y a la que intentó ofrecer un mensaje de recreación

3. Cf. E. MOUNIER, *El Personalismo*. Tr. por A. Aisenson y B. Dorriots. Buenos Aires, EUDEBA, 11 ed., p. 20 (en adelante se citará EP).

4. Cf. E. MOUNIER, *Revolución personalista y comunitaria*, en *Obras*, Tr. por Enrique Molina, Barcelona, Laia, 1974. vol. I, 161 (en adelante se citará RPC).

de civilización aún hoy en gran parte válido. Desaparecido en 1950, Mounier es, según la conocida apreciación de Ricoeur, algo más y algo menos que un filósofo⁵, a cuyas obras es posible volver frecuentemente para oír cosas nuevas. Hemos querido en esta ocasión oírle hablar de los sistemas políticos de su época (huelga decir: también de la nuestra) y de algunas pistas para lo que sigue siendo una tarea urgente: encontrar en nuestras sociedades un lugar para la persona, restituyendo la economía y la política a su servicio.

El Renacimiento sigue sin rehacer.

2. INDIVIDUO VERSUS PERSONA: EL LIBERALISMO BURGUES

2.1. *El desorden establecido*

Aun cuando de una lectura atenta de la obra de Mounier parece concluirse que el «desorden establecido» es una categoría común a todos los sistemas políticos vigentes en su época, es notorio que él reserva este término para referirse al capitalismo liberal de las sociedades burguesas occidentales⁶.

Burguesía y capitalismo es un binomio indisoluble: tan sólo se distinguen entre sí como la causa y el efecto⁷.

A propósito de ambos no se permite Mounier un análisis matizado, como lo hará respecto del marxismo; y aunque en su obra de madurez lance ciertas precauciones sobre la defi-

5. Cf. P. RICOEUR, "Une philosophie personaliste", en *Esprit*, 174 (1950) 863.

6. *Desorden establecido* es el slogan mounieriano en que se recoge su valoración de la cultura occidental en decadencia y da título a una parte de *RPC*. Anteriormente (1933) había aparecido en el título de un número especial y polémico de *Esprit*, "Ruptura entre el orden cristiano y el desorden establecido". De hecho los parámetros de tal desorden, en mayor o menor grado, son detectados por Mounier tanto a propósito del capitalismo occidental (Cf. *Manifiesto al servicio del personalismo*, en *Obras*, Tr. por Julio D. González Campos, Barcelona, Laia, 1974, vol. I, 565-73 (en adelante se citará *MSP*), del marxismo en sus principios teóricos (cf. *MSP*, 585-99) y en sus realizaciones históricas (Cf. *Les certitudes difficiles*, en *Oeuvres*, Paris, Du Seuil, 1963, vol. IV, 121-37 y 172-76 (en adelante se citará *CD*), así como de las social-democracias escandinavas (Cf. *CD*, 261-81) y el fascismo (Cf. *RPC*, 255-61 y *MSP*, 575-84).

7. Cf. *CD*, 14.

nitiva extinción del capitalismo ya que la intervención americana en los asuntos europeos, sin eliminar las contradicciones del sistema, obliga a ser cautos⁸, no pierde nunca la perspectiva formulada por Péguy: «un burgués puede imaginarse lealmente, lógicamente, que la miseria es un instrumento de cultura y un ejercicio de virtudes: nosotros, los socialistas, sabemos que ninguna mejora puede salir de un instrumento de servidumbre tan perfectamente ajustado»⁹.

La descalificación global del capitalismo como sistema y del talante burgués como cultura es una constante en la obra mounieriana. Su pensamiento no admitirá en esto componenda alguna: sin ser marxista, más aún siendo no marxista, no cederá en nada a la «lógica del anticomunismo»¹⁰; él se sitúa en una actitud revolucionaria, no reformista¹¹, y esto tanto porque ha captado la profunda subversión de valores del capitalismo liberal¹², cuanto por estar convencido de que es imposible esperar en él una evolución interna¹³.

2.2. ¿Anticapitalismo?

Todo lo dicho no hace de Mounier un anticapitalista. No se le escapa que el término y la realidad que denota es ambiguo¹⁴, habiendo llegado a constituirse en un afortunado lugar común¹⁵, que engloba realidades tan diversas como el buco-lismo tradicionalista de Duhamel¹⁶, el amedrentamiento de los pequeños y medianos empresarios o las actitudes reformistas

8. Vid. EP, 58.

9. CH. PÉGUY, *En l'Ebanche d'une étude sur A. de Vigny*. Tomado de E. Mounier, *El pensamiento de Ch. Péguy*, en *Obras*, Tr. por E. Molina, Barcelona, Laia, 1974, vol. I, 126.

10. J. M. DOMENACH, "Los principios de la opción política", en FR. GO-CUEL y J. M. DOMENACH, *Pensamiento político de Mounier*. Algorta. Zero, 3.ª ed., 1970, 79.

11. Cf. M. BARLOW, *El socialismo de Mounier*. Tr. por P. Núñez, Barcelona, Nova Terra, 110.

12. Cf. MSP, 559.

13. Cf. M. BARLOW, o. c., 131.

14. Cf. RPC, 309.

15. Cf. MSP, 669.

16. Cf. MSP, 670-71.

que no desmontan la ética burguesa como ocurre en algunos sectores socialdemócratas y en no pocos programas comunistas cargados de prejuicios cientifistas, industrialistas y centralizadores¹⁷.

Mounier pone especial énfasis en separar su crítica de todo este conjunto, y más que centrarse en un ataque a las estructuras, «se dirige contra los valores sobre los que reposa el mecanismo capitalista y se separa de cualquier forma de anticapitalismo que volviese a llevar a él por una desviación o que, carente del reconocimiento de los únicos valores liberadores del hombre, engendrara nuevos modos de opresión»¹⁸.

Dicho de otro modo, para Mounier el capitalismo no es sólo una técnica económica ni un orden jurídico; es todo eso más una ética¹⁹.

Sólo desde esta perspectiva se comprende que sistemáticamente se niegue a una componenda táctica o a una operación reformista. Y es desde esta óptica como se entiende su postura radical frente al capitalismo: si rechaza la etiqueta «anticapitalista» es porque desea clarificar, en el confuso panorama político de su época, la peculiaridad y alcance de su propio anticapitalismo.

Mounier estima que el capitalismo ha cumplido ya su ciclo histórico, es un ensamblaje ideológico-estructural en franca liquidación²⁰ que contraría el movimiento esencial de la conciencia humana²¹; esta concepción aparece en su obra como «una propedéutica, un paso previo a la elaboración de una economía al servicio de la persona y de la sociedad»²².

17. Cf. *Ib.* Sobre la socialdemocracia, cf. CD, 261-81

18. *MSP*, 671.

19. Cf. *Ib.*

20. Cf. *EP*, 58.

21. Vid. E. MOUNIER, *Qué es el personalismo*. Tr. por E. Ruffo, Buenos Aires, Criterio, 1956, 166.

22. G. NGANGO, "El pensamiento económico de E. Mounier", en H. CHAIGNE, R. DOMERGUE, *Crítica del capitalismo*. Barcelona, Nova Terra, 1969, 239.

2.3. *El capitalismo, subversión de los valores personales*

Como sistema económico, a pesar de sus aparentes logros en los procesos de producción y consumo, el capitalismo ha producido unos reales desajustes en el mundo de la persona. La libre competencia y sus secuelas estructurales son de hecho mixtificaciones ideológicas, en buena parte ya desenmascaradas por la historia socioeconómica²³. No ha instaurado un orden sino un desorden radical de los valores humanos y, en tanto que humanos, de los valores económicos: «la persona está sometida al consumo, éste a la producción, que, a su vez, está al servicio de la ganancia especulativa»²⁴.

Hablar aquí de valores personales no es aceptar una superestructura cómoda ni acomodaticia, ni ceder a un vago humanismo; Mounier entiende que el capitalismo es algo más que una técnica: es un modo global de entender al hombre y su historia basado en el principio metafísico del optimismo liberal²⁵, fruto a su vez de las elaboraciones utilitaristas del siglo XIX. Su crítica va así más allá de las tradicionales, incluso de la marxista²⁶.

La primacía del dinero y del provecho, al margen de una ética realista de las necesidades²⁷, ha acabado reduciendo al hombre a un ser que produce y consume y que produce para consumir: el capitalismo ha venido a ser, con la misma propiedad que la mentalidad burguesa de la que surgió y a la que sirve, «una enfermedad de la civilización»²⁸.

Los síntomas de esta enfermedad, los vicios despersonalizadores del sistema, son:

— la primacía de la producción sobre el consumo y la éti-

23. Cf. L. GUISSARD, *Emmanuel Mounier*. Tr. por J. Toro, Barcelona, Fontanella, 2.ª ed., 1968, 109.

24. MSP, 681.

25. Cf. RPC, 310.

26. Vid. C. MOIX, *El pensamiento de E. Mounier*. Tr. por A. Ramón de Izquierdo, Barcelona, Estela, 2.ª ed., 1969, 62.

27. Cf. MSP, 682.

28. M. BARLOW, o. c., 116

ca de necesidades, convirtiendo la economía en un sistema cerrado donde las cosas devienen mercancías, las necesidades mercado, los valores precios y el hombre productor-consumidor²⁹.

— la primacía del dinero sobre la economía y el trabajo en las relaciones intraempresariales (salario y poder económico) y en el mercado de dinero que finge desconocer las consecuencias humanas de sus operaciones económicas³⁰.

— la primacía del provecho (beneficio) sobre los restantes valores humanos, personales y colectivos, del trabajo. La ganancia capitalista pretende serlo sin medida y límite, sin más regla que el código burgués de valores³¹ ajeno a las dimensiones personalizantes del trabajo³².

Estos tres postulados, auténticas claves de arco de la economía capitalista, acaban reduciendo a la persona en un medio más del proceso productivo: «el proletariado no es para él más que una materia prima que han de comprar al mejor precio, la fuente de un despilfarro que hay que reducir al mínimo. Está dentro de sus reglas que expropie no solamente el producto legítimo de su trabajo, sino el dominio mismo de su actividad»³³.

Se ha cambiado así el sentido del trabajo de tal modo que predomine el dolor sobre la labor³⁴, el interés privado sobre el de la persona y la comunidad³⁵, el capital y el lucro sobre el trabajo y su legítima remuneración³⁶, el poder sobre la responsabilidad³⁷; se ha domesticado la fuerza crítica y revolucionaria.

29. Cf. *RPC*, 310.

30. Cf. *MSP*, 678.

31. Vid. *MSP*, 676.

32. Cf. *RPC*, 311.

33. *MSP*, 678.

34. Nota "Sobre el trabajo", en *RPC*, 317-24, especialmente a este propósito los nn. 3, 4, 6 y 9.

35. Cf. *RPC*, 311.

36. Cf. *MSP*, 676 sobre el trabajo individual; acerca de las detracciones sobre el trabajo social cf. *MSP*, 677.

37. Cf. *MSP*, 677-79. A propósito de la rescisión de pensamiento y responsabilidad en las estructuras industriales Mounier recoge en *MSP*, 674, la frase atribuida a Taylor: "No se os pide que penséis, hay aquí otros que están pagados para pensar".

ria de la religión, y en concreto del cristianismo³⁸, al servicio del mantenimiento de estructuras alienantes; la libre competencia ha degenerado en el poder de los fuertes³⁹, originando una dictadura económica⁴⁰ que somete a unos a la riqueza y a otros a la pobreza y, en no pocos casos, a la miseria, dictadura «la más inhumana de todas por haberse tornado anónima»⁴¹.

Es esta una alienación que Mounier no estima en modo alguno coyuntural⁴², ya que no está en relación con estructuras externas a la persona (el sistema de propiedad de los medios de producción) sino profundamente arraigada en ella. Para él lo denunciado del capitalismo es que tras un sistema económico se alberga «un sistema de costumbres, una ideología y una práctica envilecedoras, capaces de seducir a sus propias víctimas»⁴³.

Como él mismo afirma: «si llamamos propiedad al modo general de comportamiento económico de un mundo de personas, vemos (...) que el mecanismo capitalista: 1.º, desposee al trabajador asalariado de la ganancia legítima, de la propiedad

38. Cf. *RPC*, 432. Frente a la burguesía bien-pensante que teologiza tantas piezas del capitalismo, Mounier, en clara deuda con Péguy, “tiene palabras duras para ese híbrido que pretende conciliar a Dios con el dinero, la revolución evangélica y el conservadurismo moralizante, el idealismo bien-pensante, pero poco actuante, y la religión de la encarnación. Mounier denuncia constantemente este divorcio” (M. Barlow, o. c., 117).

39. Mounier recoge de la experiencia histórica de la industrialización las bases que le permiten rechazar como una mixtificación el optimismo liberal, puesto que en lugar de una espontánea armonía, “la libertad sin disciplina deja el campo a los determinismos del mal, en el que los más fuertes desposeen y oprimen a los más débiles” (*RPC*, 310). Esta mixtificación, “dotada de una gran fuerza de seducción” (*MSP*, 680), ejerce sus consecuencias también sobre los protagonistas del sistema, que ven su iniciativa cada vez más secuestrada en el gran capitalismo de la concentración y los monopolios privados. Este final es “la pendiente misma del sistema (...) si un golpe de varita mágica suprimiese hoy de un golpe ententes industriales, trusts, subvenciones, contingentes, etc., conservando las bases del sistema, la misma pendiente conduciría pronto a iguales resultados” (Ib).

40. La dinámica de esta dictadura económica y el sentido político de la misma, en *RPC*, 312.

41. F. BLÁZQUEZ, *Emmanuel Mounier*. Madrid. EPESA, 1972, 78.

42. Cf. *EP*, 29.

43. J. M. DOMENACH, *Mounier según Mounier*. Tr. por E. Molina, Barcelona, Laia, 1973, 51.

legal y del dominio personal de su trabajo; 2.º, desposee al empresario libre de su iniciativa, en beneficio de los trust centralizados; 3.º, desposee al director técnico del dominio de su empresa bajo la amenaza permanente de las decisiones de la especulación y de las ententes financieras; 4.º desposee al consumidor de su poder de compra, debilitando regularmente el ahorro mediante especulaciones catastróficas. Todo ello en beneficio del dinero anónimo e irresponsable»⁴⁴.

Mounier opera en su análisis una desmitificación del optimismo liberal, particularmente mediante un estudio serio del poder del dinero en este tipo de sociedades.

2.4. *El poder del dinero*

El poder del dinero no es un asunto puramente económico: produce, es verdad, una acumulación financiera, que, no es menos verdad, genera tipos de hombre.

El dinero no es sólo un signo de intercambio de bienes útiles, sino un bien productivo en sentido propio⁴⁵; un instrumento dotado de fecundidad en las diversas formas de usura establecidas por el capitalismo: la moneda, la renta, la banca, la Bolsa y las diversas deducciones del trabajo ajeno: la que del asalariado hace el capital, del ahorro del pequeño capital el grande, de la riqueza pública la inflación y la usura en el comercio⁴⁶.

Y es que el mercado, la banca, la Bolsa y la complejidad de los mecanismos financieros que aseguran el funcionamiento de las grandes concentraciones industriales han convertido en realidad el sueño de los alquimistas, sueño que sólo tímidamente comenzaron a verificar los príncipes renacentistas con la disminución de la garantía del oro.

44. *MSP*, 680-81.

45. Cf. *RPC*, 311.

46. En *RPC*, 311-12 Mounier ofrece un esbozo del proceso de fecundidad del dinero y su conversión en instrumento de poder de control financiero y político, esbozo que desarrolla con algunos matices de interés al volver sobre el tema en *MSP*, 676-77.

Las consecuencias humanas del hecho son claras: «el dinero expulsa al hombre de sí mismo e instala en él el egoísmo. Expulsa a la comunidad de las relaciones humanas y planta en éstas la máquina impersonal que atrapa a los gobiernos, a las patrias, a las familias, a los amores, que sofoca las voces y las rebeldías (...). Pero el mal es más hondo: al mismo tiempo que priva (al hombre) de sus condiciones de existencia, el dinero penetra en el centro de la vida privada y allá instala, fabricados con su propia materia, nuevos tipos humanos»⁴⁷.

En la fenomenología mouneriana estos tipos se reducen a tres: el rico, el pequeño burgués y el menesteroso⁴⁸.

El rico es el hombre «al que nada se le resiste»⁴⁹: el poder del dinero reduce ante sus deseos las dificultades del vivir y la resistencia de la materia, origen en buena parte de la creatividad del espíritu humano. Más que dominar el mundo, lo suprime⁵⁰. La experiencia y sus lecciones de humanidad, las exigencias del espíritu, las lealtades a la propia conciencia, lo válido por no utilitario del quehacer científico, lo personalizante del acontecimiento, lo incodificable del pensamiento y el arte...⁵¹ son domeñados por el dinero y sometidos y manipulados al servicio del más alto valor burgués: la consideración⁵².

En una sociedad conformada por la prepotencia del dinero, ¿qué espacio resta para la libertad?, ¿qué queda ahí del optimismo liberal?. En efecto, «en este sistema no hay libertad efectiva más que para la clase dirigente, que se identifica con

47. *RPC*, 273.

48. *Cf. Ib.*

49. *RPC*, 274.

50. *Vid. Ib.*

51. J. M. Domenach ha señalado cómo años después de la muerte de Mounier, "a fines de los años sesenta el capitalismo está en vías de domesticar una de las fuerzas que escapaba a su poder: la de los intelectuales protestatarios (...): el desarrollo de las técnicas de expresión les hace pasar por el aro del Estado o de las potencias del dinero" (*Dimensiones del personalismo*. Tr. por E. Molina, Barcelona, Nova Terra, 1969, 35).

52. El tema de la consideración puede verse en *RPC*, 276-77, analizado en el rico de la gran ciudad y el rico jansenista provinciano.

la clase posesora, es decir, una minoría de privilegiados que, monopolizando el tener, coloniza el poder y el saber»⁵³.

El pequeño burgués es el heredero actual de la mentalidad burguesa originada en el Renacimiento: exalta lo subjetivo frente a la sociedad a la que concibe como mera yuxtaposición de entes autónomos y frecuentemente confrontados en una lucha de interés contrapuestos. Conoció en sus orígenes una fase heroica no desprovista de esplendor, pero los burgueses y pequeños burgueses actuales no están a la altura de sus antepasados: la aventura, la audacia, la independencia, el coraje (virtudes históricas de la burguesía), han degenerado en una «metafísica de la soledad»⁵⁴, un «humanismo reivindicativo»⁵⁵, insolidario, tristemente consolidado en la Revolución Francesa y su declaración de los Derechos del Hombre que no es otra cosa que «el código de las conveniencias del perfecto egoísta, o tratado de la yuxtaposición de los burgueses»⁵⁶. Allí se entiende la libertad como libertad de tener y el poder como poder de los que tienen.

El problema del burgués es que ha creado una identidad, al menos valorativa, pero indudablemente funcional, entre tener y ser, introduciendo en el quehacer humano un morbosos sentido de posesión que lesiona tanto el sentido del trabajo individual como a la comunidad, parte de la cual vive la angustia de la miseria y, otra parte, duerme el sueño de la abundancia.

Las tensiones sociales del último siglo y medio de nuestra historia han sido provocadas por un tipo de hombre, no necesariamente una clase (y es esta una precisión que le valió a Mounier ser tildado de moralizante y reformista), que es víctima y verdugo de su propia situación.

Todo esto, en la mente de Mounier, no es patrimonio de una clase social, de la burguesía en sentido técnico socioeconómico.

53. G. H. BAUDRY, *Socialisme et Humanisme*. Lille, G. H. Baudry, ed. 1978, 22.

54. *RPC*, 184.

55. *RPC*, 185.

56. *RPC*, 432.

Diluirse en las cosas, aislarse en el propio yo, mercantilizar la cultura, son desviaciones que no proceden de un status social determinado sino del interior mismo del hombre que ha perdido el norte de los valores: «entre el espíritu burgués, satisfecho de su seguridad, y el espíritu pequeñoburgués, inquieto por alcanzarla, no existe diferencia alguna de naturaleza, sino únicamente de grado y de medio. Los valores del pequeñoburgués son los del rico, deformados por la indigencia y la envidia. Roído hasta en su vida privada por la preocupación de ir más allá, igual que el burgués está roído por la preocupación de la consideración, no tiene más que un pensamiento: llegar. Y, para llegar, un medio que él erigirá en supremo valor: la economía»⁵⁷.

Por último, el menesteroso, el pobre por debajo de la seguridad, por debajo del pan cotidiano⁵⁸, a quien el dinero ha hecho un subproducto del sistema y le ha habituado a resignarse a su suerte. Mounier no habla de memoria, conoce las mil formas de pobreza cobijadas en los barrios que circundan el gran París: personas desposeídas de lo más elemental para vivir, privadas del acceso a los bienes de la cultura, sujetos pacientes de la política y la economía tejidas a sus espaldas. Los pobres no son las musas del profeta o del poeta revolucionario sino el efecto palpable e hiriente de un sistema radicalmente injusto: la zona humana no visitable de la ciudad desarrollada o desarrollista⁵⁹.

A esta tipificación de los hombres el capitalismo burgués ha añadido una última y fatal consecuencia: no son sólo hombres distintos, son individuos y clases enfrentados de tal modo que «el universo humano (...) se ha desparramado en una polvareda de mundos cerrados: profesiones, clases, naciones, intereses económicos»⁶⁰. La condición burguesa «divide la comu-

57. MSP, 568.

58. Vid. RPC, 278.

59. Sobre los estragos humanos de la pobreza, cf. E. MOUNIER, *Tratado del Carácter*. Tr. por C. Ducretet, Buenos Aires, A. Zamora ed., 2.ª ed., 1971, 84.

60. RPC, 186.

nidad humana no solamente en dos clases sino en una multitud de clases artificiales, fundadas en el dinero»⁶¹.

Y es que el afán de posesión desnaturaliza las virtualidades personalizadoras y comunitarias del trabajo colectivo convirtiéndolo en competidores a quienes están llamados a ser compañeros. ¿Fue Saint-Exupéry quien dijo «si queréis que los hombres sean hermanos obligadles a construir una torre, pero si queréis que se odien arrojadles dinero»?⁶².

Mounier ha visto claro que la propiedad no es sólo un tema económico y legal, sino primaria y fundamentalmente un problema humano⁶³, que la riqueza y la miseria son dos formas de tiranía esterilizantes de lo humano⁶⁴ y que la lucha de clases no es una invención marxista sino una responsabilidad directa del capitalismo⁶⁵.

2.5. *La democracia burguesa*

No sería completo un análisis del capitalismo como sistema económico y como antropología subyacente sin una referencia al esquema político que ha generado y a través del cual origina las estructuras legales que le permiten continuarse.

Como Mounier en 1937, y más aún escribiendo sobre el tema en nuestro país, es preciso advertir de entrada que «las críticas de la democracia se hacen rápidamente sospechosas hoy, cuando casi por todas partes, partidos autoritarios anuncian su muerte»⁶⁶.

La democracia liberal se apoya en el principio de la soberanía popular y la voluntad del pueblo. Mounier estima que la «voluntad del pueblo» es un mito creado por los teóricos de la

61. RPC, 320.

62. Tomado de F. BLÁZQUEZ, o. c., 81.

63. E. MOUNIER, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*. Tr. por E. Molina, en *Obras*, Barcelona, Laia, 1974, vol. I, 479.

64. Cf. RPC, 294.

65. Cf. RPC, 275.

66. E. MOUNIER, *Anarquía y personalismo*, en *Obras*. Tr. por E. Molina, Barcelona, Laia, 1974, vol. I, 788 (en adelante se citará AP).

democracia burguesa, para sustituir la vieja concepción del poder absoluto de derecho divino de los reyes en el Antiguo Régimen ⁶⁷. De suyo, la voluntad del pueblo sólo puede conocerse y expresarse en régimen de democracia directa, sistema inviable en las grandes naciones. El «pueblo» no deja de ser hoy una abstracción lograda a base de una cadena de abdicaciones y/o expoliaciones de soberanía.

Para él, y para nosotros, «es cosa sabida a través de qué prisma se ejerce y se expresa hoy la voluntad popular. Comienza a formarse en esta especie de hipnosis colectiva que le impone una prensa masivamente dirigida. A continuación es interrogada sobre unos programas tan generales, tan bien lustrados y patinados por años de uso que cada vez poseen menos influjo sobre el acto mismo electoral. Se acaba perdiéndola en los engaños de las circunscripciones y de la industria electoral. Entonces, es depositada en un anfiteatro cerrado que vive encerrado en sus costumbres y en sus combinaciones y es enterrada durante un número fijo de años por la voluntad parlamentaria, que se coloca en su lugar» ⁶⁸.

Con ecos evidentes del pensamiento libertario y del análisis marxista, Mounier indica dos causas de la degeneración de la democracia real en democracia formal: una ideología viciada y el reinado del dinero ⁶⁹.

La ideología viciada es la del Ochentainueve ⁷⁰. Mounier reconoce en ella un espíritu positivo, un alma de la revolución francesa que se conserva viva en tantos movimientos populares; pero es preciso reconocer que la burguesía manipuló pronto las instituciones surgidas de la Revolución mediante la erección del individuo en un absoluto, la desfiguración de la libertad como si ésta fuese un fin en sí mismo, el liberalismo político y económico, el optimismo exacerbado de la soberanía nacional, así como el apego a un abstracto parlamentarismo.

67. Cf. *MSP*, 712-13.

68. *MSP*, 713.

69. Vid. *RPC*, 339.

70. Cf. *Ib.*

Ligada a una filosofía radicalmente individualista, «tal democracia no reconoce ni a la persona original y plena, ni a la comunidad orgánica que debe religar a las personas»⁷¹.

En cuanto al reinado del dinero, sólo añadir a lo ya dicho supra, cómo en el sistema se produce un control total de la oligarquía ejercido desde los resortes industriales y financieros⁷², que hace de la democracia política una simple máscara de la oligarquía económica⁷³: «la libertad capitalista ha entregado la democracia liberal (...) a la oligarquía de los ricos (oligarquía de poder y de clase); después, en la última etapa, a un estatismo controlado por la gran banca y la gran industria, que se han apoderado no sólo de los mandos ocultos del organismo político, sino de la prensa, de la opinión, de la cultura, a veces incluso de los representantes de lo espiritual, para dictar las voluntades de una clase y modelar hasta las aspiraciones de las suyas, a la vez que niegan a esas masas los medios de realizar esas aspiraciones»⁷⁴.

Los instrumentos mediante los cuales la democracia burguesa ha logrado secuestrar la expresión de la soberanía popular son, a juicio de Mounier:

— la mística de la mayoría que desconociendo cualquier derecho por encima de ella ha retornado al individuo, las minorías, las sociedades intermedias entre persona y Estado... a la situación de súbditos propia del Antiguo Régimen⁷⁵.

— la desvirtuación del parlamentarismo que frecuentemente sustituye la realidad por su propia óptica, desligándose así del pueblo que le da origen y a quien, teóricamente, representa. El parlamentarismo es a veces «(más que) una democracia una aristocracia de hombres ambiciosos y ricos»⁷⁶.

— el vaciamiento del parlamento es consecuencia de la partitocracia, la sustitución de la voluntad popular por las de-

71. *RPC*, 339.

72. Cf. *RPC*, 312.

73. Cf. *Ib.*

74. *RPC*, 340.

75. Cf. *MSP*, 715.

76. *MSP*, 714.

cisiones de las élites que desplazan la participación ciudadana y la sacrifican al fixismo doctrinal, las transacciones pragmáticas y a la esclerosis organizativa de la propia institución⁷⁷. En este terreno, Mounier denuncia con rigor cómo la estructura de los partidos, más que vitalizar la praxis democrática, orienta no pocas veces el sistema hacia la desviación mayoritaria por su rígida centralización, por una metodología de la irresponsabilidad política de las masas y por la primacía del triunfo (electoralismo) sobre el servicio social⁷⁸.

— el sometimiento de la prensa por el dinero⁷⁹: dominada ocultamente mediante subvenciones, agencias de información y publicidad⁸⁰, sirviendo no a la opinión sino a los poderes capitalistas (o capitalizados) que la utilizan para mantener el círculo de envilecimiento del sistema⁸¹.

Digamos, para terminar, que Mounier interpreta la democracia liberal más como una ideología que como un sistema, ya que si la democracia es «el régimen que se basa en la responsabilidad y la organización funcional de todas las personas que constituyen la comunidad social»⁸², hay que reconocer que tal régimen «nunca ha sido realizado en los hechos y apenas lo ha sido en las mentes»⁸³, y que unida al capitalismo ha hecho inviables sus objetivos teóricos, toda vez que «la democracia capitalista es una democracia que da al hombre unas libertades cuyo uso el capitalismo le retira»⁸⁴. Libertad para quien tiene dinero para ser libre: esa es la trampa del sistema político y económico consolidado en la Revolución del Ochenta y nueve.

77. Un análisis consecuente con los planteamientos de Mounier acerca de la insuficiencia del parlamentarismo de vieja escuela para resolver los complejos problemas planteados a los Estados modernos puede verse en J. M. DOMENACH, "El mundo de hoy", en *La Teología del siglo XX*, Madrid, BAC, 1973, vol. I, 31.

78. Cf. MSP, 715.

79. Vid. RPC, 441.

80. Vid. RPC, 313.

81. Cf. RPC, 340.

82. RPC, 317.

83. *Ib.*

84. RPC, 340.

La crítica de Mounier a la democracia liberal no tiene nada que ver con el maurrasismo y el aristocratismo de l'Action Française. Tampoco acoge en ella ningún sueño fascista o corporativo: realiza una reivindicación de la persona y la comunidad frente al individualismo que ha ahogado las posibilidades personalizadoras del sistema, o dicho de otro modo, denuncia que «el hombre, que empezó a volverse políticamente sujeto con la democracia liberal, sigue siendo, por lo general, objeto en el plano de la existencia económica»⁸⁵. Si la democracia burguesa atraviesa una seria crisis de credibilidad no es por los vestigios que conserva, al menos a nivel formal, de democracia, sino por su contenido inequívocamente individualista, o como, con plena actualidad, afirma Mounier: «el desencanto de la democracia individualista no es el desencanto de la democracia, sino del individualismo»⁸⁶.

3. PESIMISMO PERSONALISTA Y OPTIMISMO COLECTIVISTA: LA PERSONA EN EL MARXISMO.

3.1. *Mounier ante el marxismo*

Cuando Mounier analiza críticamente el marxismo no lo hace instalado en una filosofía hecha y discrepante, sino en un intento de diálogo con el marxismo en su propio interior⁸⁷ y también, cómo no, desde la tradición cristiana en que explícitamente se sitúa, tradición en no pocos puntos coincidente y también en no pocos discrepante.

Ante el marxismo Mounier está tan distante de un precipitado progresismo como de una ingenua actitud concordista. Entendió perfectamente que en cuanto cosmovisión no tolera cualquier tipo de superestructura, y que una visión teísta

85. EP, 58.

86. CD, 62.

87. J. M. DOMENACH, *Mounier según Mounier...*, 157.

de la historia es incompatible con el humanismo marxista en cuanto negación de todo teísmo⁸⁸. Entiende también que este problema metafísico no es banal, pues en él se apoyan en último extremo las aplicaciones sociológicas y económicas, a no ser que éstas queden desprovistas de un contenido ético. Aunque de ordinario Mounier considere preferentemente al marxismo como un método de análisis social⁸⁹, es bien consciente de esta dimensión metafísica a la que alude bajo diversas fórmulas⁹⁰.

Distingue, no obstante, con claridad las luces y sombras de esta filosofía⁹¹ en un debate duro y fraterno⁹², resistiéndose a un repudio en bloque⁹³. Si está separado del marxismo por trazos que no son, ciertamente, superficiales⁹⁴, también es cierto que ha mantenido ante él una actitud de esperanza siempre abierta: así como no espera nada del capitalismo o del fascismo, sí aguarda con expectación una posible superación del marxismo en el que advierte posibles distinciones entre el sistema como tal y las concreciones a que ha dado origen, que son en no pocas ocasiones, una revisión de la ortodoxia marxista y no sólo de su ortopraxis, es decir, «una serie de realidades que no siempre coinciden y que frecuentemente divergen»⁹⁵.

Hay una actitud primera de simpatía de Mounier hacia el marxismo, simpatía basada en un doble hecho: de una parte, a nivel filosófico, le atrae la aspiración marxista de desalienar al hombre restituyéndole la propiedad de su vida, de su trabajo, de su actividad creadora y el ejercicio de la responsabilidad no gozada en solitario sino comprometida en una aven-

88. Cf. C. DÍAZ, *Esperanza marxista, esperanza cristiana*. Bilbao, Zero, 1973, 13-14.

89. Cf. QEP, 135.

90. Así, por ejemplo, "materialismo no marxista" (QEP, 21-22), "marxismo de estricta observancia" (RPC, 270), "marxismo que es una filosofía totalitaria" (RPC, 265), o el más genérico de "marxismo escolástico" (CD, 172).

91. Cf. CD, 121-22.

92. Vid. CD, 137.

93. Cf. G. CAMPANINI, "Cristianésimo e marxismo nel pensiero di Mounier", en *Vita e Pensiero*, 49 (1966), 627.

94. Cf. L. GUISSARD, o. c., 125.

95. MSP, 585.

tura audaz de transformación de la historia, una restitución, en definitiva, de su protagonismo histórico; de otra, a nivel factual, no le pasa desapercibido el hecho de que las esperanzas de lo más activo y generoso del movimiento proletario de su época estuviesen depositadas en el Partido Comunista.

Si esta actitud de simpatía inicial no le llevó a un compromiso precipitado, sí facilitó un análisis detenido de los niveles diversos en que se realiza el marxismo, fue por caer en la cuenta de que «existe un marxismo que no es solamente un método de investigación o un conjunto de intuiciones sobre la condición del hombre, algunas de las cuales coinciden con las más profundas visiones de Pascal y del Cristianismo: hay un marxismo que es una filosofía totalitaria que hace de toda la actividad espiritual un reflejo de las circunstancias económicas, que desdeña o niega los misterios del hombre y del ser, que no considera otra superficie del hombre que la que está en contacto con la vida de nutrición o de relación, que amenaza a la persona con los mismos mecanismos que destina a liberarla»⁹⁶.

Hay, en efecto, un marxismo ortodoxo al que resultará imposible armonizar su opción con el planteamiento personalista; es el marxismo de «los leninistas, los que se contentan con repetir las tesis de Lenin sobre el Partido Todopoderoso, dominio del llamado «centralismo democrático» (...), estableciendo un Partido sin discusión, sin modificación, sin capacidad de innovación. Carecen de sentido histórico, niegan el progreso. Niegan la dialéctica. O dialéctica o Partido»⁹⁷. Pero hay otros marxismos, y lo que es más importante, hay otros marxistas, donde la idea de servicio a la causa de una humanidad unida y dueña de su propia historia ha cuajado con firmeza y esto hace que «(sea) del lado del comunismo donde, sin forma alguna de concesión sobre el fondo, Mounier ha buscado los partenaires privilegiados para su propósito, en la convicción de

96. RPC, 265.

97. C. Díaz, *Esperanza marxista...*, 54.

que el debate entre personalismo y comunismo era de una importancia capital para el futuro de los hombres, que todo se jugaría más adelante en este enfrentamiento decisivo»⁹⁸.

¿Ambigüedad? ¿Eclecticismo? No, «no se trata de una de cal y otra de arena: es que había cal y arena en el marxismo histórico así como en el marxismo de Marx»⁹⁹.

3.2. *Coincidencias personalismo-marxismo*

Por todo ello, Mounier enumera una serie de coincidencias básicas entre el marxismo y las intuiciones personalistas. He aquí algunas, las más notables y claras, de ellas:

— la solidaridad en la causa de la liberación de la miseria, entendida ésta en la crudeza que aporta un análisis socioeconómico de la realidad¹⁰⁰. Conocida es la precisión mounieriana sobre el alcance de la revolución necesaria: «la crisis es, a la vez, una crisis económica y una crisis espiritual, una crisis de estructuras y una crisis del hombre. No sólo repetíamos el dicho de Péguy, «la revolución será moral o no será nada». Nosotros precisábamos: la Revolución moral será económica o no será. La revolución económica será moral o no será nada»¹⁰¹.

— la crítica a la democracia burguesa, que oculta la manipulación de los hombres y los pueblos en la mascarada de urnas impersonales cuyo resultado está preparado y es luego digerido por el único poder real en ese tipo de sociedades: el dinero¹⁰².

— el desenmascaramiento del idealismo, del falso espíritu moralista, racionalista o estético que tan gravemente comprometió tantos valores humanos en manos de los intereses de la burguesía revestidos de valores eternos espirituales¹⁰³, recu-

98. E. BORNE, *Mounier*. Paris, Seghers, 1972, 68.

99. C. DÍAZ y M. MACEIRAS, *Introducción al personalismo actual*. Madrid, Gredos, 1975, 52.

100. Cf. *RPC*, 264.

101. *QEP*, 20.

102. Cf. *RPC*, 267.

103. Cf. L. GUISSARD, o. c., 122.

perando así la dignidad de la materia o redescubriendo el influjo de las condiciones económicas en la historia humana. El método marxista, hay que decirlo, salva al personalismo de la retórica y la indiferencia ¹⁰⁴.

— con todo, la coincidencia fundamental es, sin duda alguna, la necesaria transformación de la infraestructura social, es decir, la necesidad imperiosa de una revolución socialista ¹⁰⁵.

3.3. Preguntas al marxismo

Pese a todo, estas coincidencias, que en modo alguno son periféricas, no obnubilan la opción personalista mounieriana que ejerce una crítica seria de los aspectos negativos del marxismo. Según Mounier, lo que el marxismo tiene de temible es «este encruzamiento de errores radicales con puntos de vista parcialmente exactos e indudablemente generosos, esta anexión con el error por unas dolorosas causas cuya urgencia nos oprime» ¹⁰⁶.

Mounier denuncia, en primer lugar, al marxismo como síntesis falseada de los errores a que pretendió hacer frente y esto porque, pese a haber invertido las relaciones espíritu-materia, mantiene «una negación fundamental de lo espiritual como realidad autónoma, primera y creadora» ¹⁰⁷, y sigue otorgando, como el capitalismo, un carácter de «dios inmanente y tiránico (a la economía en el) devenir sociopolítico» ¹⁰⁸. Parece claro que «una sociedad materialista realmente no puede negar otra sociedad materialista» ¹⁰⁹.

Añádase a esto un rígido sistema de creencias impuestas por un Estado totalitario, que se estima detentador de una única y no discutible verdad, y no por una conquista de la propia razón o por opciones no racionales aunque personales. Mou-

104. Cf. RPC, 170.

105. Cf. C. DIAZ y M. MACEIRAS, o. c., 47.

106. MSP, 593.

107. MSP, 590.

108. G. H. BAUDRY, o. c., 81.

109. J. M. DOMENACH, "Los principios de la...", 67.

nier podría decir hoy con más datos que en 1934, «mucho me temo (...) que el «reinado de la libertad» en la inmanencia marxista, cuando todos los hombres estén ahormados a la doctrina de Estado, imite exactamente el «rodeo hipócrita» de la libertad capitalista»¹¹⁰.

Más aún, dentro del Estado, el socialismo real ha creado la mediación del Partido Unico con rasgos típicamente teocráticos. Esta mediación lejos de ayudar al hombre en su personalización, acaba convirtiéndose, y no por heteropraxis sino por estricta ortodoxia, en una exigencia de dimisión de racionalidad y voluntad, en una expoliación de libertades.

Ha falseado también las relaciones interpersonales que no son ya fruto de una solidaridad de voluntades autónomas y conscientes, unificadas por un proyecto común libremente asumido, sino por la decisión incontestable de un Estado totalitario. Si no es palabrería ociosa afirmar que «entre camarada y hermano hay un abismo de sentido»¹¹¹, tampoco lo es repetir hasta la saciedad que colectivización no es socialización, que colectividad no es necesariamente como comunidad de personas¹¹², que colectivismo no es lo mismo que personas colectivas¹¹³. El riesgo del colectivismo es diluir la responsabilidad personal en una exaltación de las masas, teledirigidas por las élites detentadoras del poder, reduciendo el hombre a un simple utensilio al servicio de una ideología¹¹⁴. Si una socialización que abarca desde las actitudes y creaciones personales a las estructuras económicas, pasando por el acerbo cultural y las instituciones políticas, es imprescindible para el despliegue de lo humano, soterrado en el capitalismo, el marxismo no debiera olvidar que cuando esa socialización degenera en colectivismo aliena nuevamente a la persona disolviéndola en la sociedad,

110. RPC, 268-69.

111. C. DIAZ, *Esperanza marxista...*, 19.

112. Cf. H. DUPUY, "La révolution selon Mounier", en *Revista Brasileira de Filosofia*, 1 (1960) 27.

113. Cf. C. DIAZ, "Personalismo comunitario", en A. HEREDIA (Dir.), *Mounier a los 25 años de su muerte*. Salamanca, Sec. Publ. Universidad, 1975, 29.

114. Cf. QEP, 128.

convirtiéndola en «una curvatura que desaparece del universo en ese gran estrato indiferenciado de la clase, cada uno de cuyos miembros es una pieza viajera e intercambiable para el sacrificio del bloque»¹¹⁵. Mounier no reivindica en este panorama el individualismo: apuesta por el colectivismo, pero un colectivismo rectificado en su dirección humana y personalizante ¹¹⁶.

Nos parece que sigue siendo válida la pregunta que Mounier se hacía en 1934: «¿Cómo, en un régimen notablemente colectivizado, salvaguardaremos la autonomía soberana de la persona en todo lo que respecta a su desarrollo como tal persona (en) armonía con el reinado del derecho?» ¹¹⁷.

Y esta es la pregunta fundamental que un personalista puede y debe dirigir al marxismo: ¿qué ocurre con el hombre?; y entiéndase: con el hombre concreto ¹¹⁸, para quien no se desea que se recupere por un lado para perderse por el otro ¹¹⁹; pregunta por la persona que no es «(la evocación) de las complacencias del decadente, (o del) narcisismo del intelectual (ni) las reivindicaciones del intelectual pequeñoburgués» ¹²⁰. Desde esta perspectiva, el comunismo se presenta a los ojos de Mounier como una «filosofía de la tercera persona, (esto es), impersonal» ¹²¹. De poco sirve, piensa Mounier, el desmantelamiento de las falacias de la cultura burguesa, ni el efectivismo económico, si con ello el hombre concreto, singular, no recupera el ejercicio de sus derechos y responsabilidades. El anonimato de la persona en un Estado totalitario no supera, sino

115. *RPC*, 188.

116. Cf. *RPC*, 191.

117. *RPC*, 471.

118. Frente a cualquier abstracción teorizante, Mounier escribe: "Basta de retórica. Yo no amo a la Humanidad. Yo no trabajo por la Humanidad. Yo amo a algunos hombres, y la experiencia de ellos es tan generosa que, por esa experiencia, me siento prometido a cada prójimo que pueda atravesarse en mi camino. Es como una esperanza que yo doy al amor, una fe en su superabundancia. Para los demás yo soy de carne: sólo la presencia física conmueve a la presencia humana e incluso no siempre basta. Poca gente siente a la Humanidad y los humanitarios casi siempre mucho menos que otros" (*RPC*, 226).

119. Vid. *CD*, 123.

120. Cf. *CD*, 124.

121. *RPC*, 193.

que consolida y continúa, el de las grandes sociedades financieras y del aparato parlamentario.

Optimista frente al hombre colectivo, el marxismo ha incurrido, teórica y prácticamente, en un profundo pesimismo en lo que respecta a la singularidad de la persona. El verdadero problema no es la difuminación con que el tema de la persona haya podido ser planteado por el marxismo, ni las treguas que se haya dado a sí mismo para abordarlo ¹²², sino la permeabilidad del sistema ante la cuestión. De hecho, el revisionismo marxista, escindido entre teóricos de la muerte del hombre y teóricos de su reviviscencia ¹²³, no parece haber encontrado pistas para una actitud estable y armoniosa sobre el status personal en la sociedad colectivizada.

Por todo ello Mounier interpreta el marxismo como un «realismo truncado» ¹²⁴, un «humanismo enfermo» ¹²⁵: ha creído desalienar al hombre sustituyendo el materialismo anárquico del capitalismo por un materialismo metódico ¹²⁶, que no sólo desconoce en la práctica, sino que reduce a lo ilusorio en la teoría, dimensiones tan esenciales del hombre como la interioridad y la trascendencia ¹²⁷.

Desde esta óptica, Mounier se niega a reconocer la pretendida progresión clase obrera-proletariado-partido comunista; la tradición obrera no puede reducirse a las formas estalinianas o criptoestalinianas y, desde luego, no puede esperar de ellas la restitución de su protagonismo. Frente a los mitos consagrados, «importa ciertamente disociar lo espiritual de lo reaccionario, pero no es menos indispensable desligar del marxismo la revolución necesaria» ¹²⁸.

122. Mounier responde escandalizado a los cincuenta años de plazo que pide para hacerse esa pregunta H. Lefèvre en *MSP*, 587, nota 7.

123. Cf. C. DIAZ, "Marxismos hoy", en *Pensamiento*, 29 (1973) 195-207.

124. *MSP*, 593.

125. J. CONILH, *E. Mounier*, Paris, PUF, 1966, 138.

126. Cf. H. DUPUY, "La révolution...." 18.

127. Cf. *QEP*, 21-22.

128. E. BORNE, *Mounier...*, 91.

3.4. *Mounier, crítico del marxismo, pero no anticomunista*

Tal actitud crítica no hace de Mounier un anticomunista: él conoce bien cómo el anticomunismo es un bloque confuso y engañoso basado en la no identificación de términos y realidades y fundado frecuentemente en una burda defensa de intereses teñida de espiritualidad¹²⁹: «no nos hacemos ilusiones acerca de la calidad de las fuerzas que luchan hoy contra el comunismo: quitad el miedo, la vulgaridad, los intereses del dinero, el odio de clase, las mil pequeñas y erizadas negligencias, tropelías y tranquilidades del individuo y veréis lo que queda de indignación pura»¹³⁰.

Más que combatir al marxismo deben combatirse los hechos ante los que surgió como reacción justa, y de esos hechos no es el menos importante la dimisión de los cristianos como agentes de transformación social. Para Mounier, el marxismo como metafísica materialista es la «física de nuestra culpa»¹³¹.

Mounier mantuvo siempre esta postura de aceptación y crítica, característica de su metodología dialéctica —que no ecléctica ni sincretista, y menos aún irenista¹³²— que resumió en un slogan ya célebre: «Con los comunistas contra el comunismo»¹³³. Por lo cual no deja de ser paradójica la dureza no ya de los anticomunistas sino de los mismos comunistas que, fracasados en su intento de digerir a Mounier y su movimiento¹³⁴, tildaron a su filosofía de creación pequeñoburguesa y a él mismo de agente de la división.

129. Cf. *MSP*, 585 y las cartas de Mounier al P. Gaston Fessard recogidas en *Feu la Chrétienté*, en *Oeuvres*, Paris, Du Seuil, 1963, vol. III, 637-51 (en adelante se citará *FC*).

130. *RPC*, 188.

131. *RPC*, 170.

132. Cf. G. CAMPANI, "Cristianésimo e marxismo...", 641.

133. *Esprit*, febrero de 1945.

134. Bajo el título "No nos pidáis que no seamos nosotros mismos", Mounier (*CD*, 172-76) responde al llamamiento que M. Thorez le lanzaba desde el Congreso comunista de Montreuil para una acción común. La respuesta es sincera y dura enfatizando los recelos personalistas ante el totalitarismo inveterado. Hay un fin común, pero se desea alcanzarlo por otros medios y con otro espíritu.

4. LA PERDIDA DE LO PERSONAL EN EL IRRACIONALISMO FASCISTA

Para Mounier, el fascismo no es una simple erupción totalitaria, resultado de una crisis socioeconómica. En realidad, estada prefigurado en el individualismo capitalista y no es otra cosa que el punto culminante de su desorden interno.

4.1. *El fascismo, herencia del individualismo burgués*

El origen próximo del fascismo está en las democracias desgastadas, agonizantes en su formalismo, incapaces de dar una respuesta eficaz a los pueblos que las padecen, y en la existencia de un proletariado despersonalizado que por versatilidad¹³⁵ o abdicación de sus responsabilidades se entrega en manos de un líder carismático a quien considera salvador¹³⁶.

Si en sentido estricto el término «fascista» hace referencia al régimen italiano de 1922 y únicamente a él¹³⁷, designa válidamente un movimiento más amplio que Mounier ha descrito así: «en un país agotado o decepcionado, en todos los casos poseído por un sentimiento potente de inferioridad, un acuerdo secreto se produce entre un proletariado desesperado, tanto económica como ideológicamente, y las clases medias dominadas por la angustia de su proletarización (que ellas asimilan al éxito del comunismo), una ideología cristalizada por el poder intuitivo de un Jefe; actúa a la vez, sobre un arsenal histórico de virtudes ausentes: honestidad, reconciliación nacional, patriotismo, sacrificio a una causa, consagración a un hombre; sobre una afirmación revolucionaria que arrastra a los más jóvenes y a los más radicales; y, para temprarla, sobre una mística esencialmente pequeñoburguesa: prestigio nacional, «retornos» sociales (a la tierra, al artesanado, a la corporación, al pasado histórico), culto del salvador, amor al orden, respeto

135. Cf. CD, 116.

136. Cf. MSP, 584.

137. Vid. MSP, 575.

por el Poder. Según que sea, aunque sólo provisionalmente, más o menos conservador, y en cuanto nacional, el movimiento así creado agrupa, por las buenas o por las malas, ciertas fuerzas tangenciales: viejos nacionalismos, ejército, fuerzas del dinero, con las cuales es injusto confundirle, aunque sea frecuentemente su prisionero»¹³⁸.

Más aún, existe una actitud fascista¹³⁹ que, sin posible abstracción de las causas históricas de aparición de los fascismos, parece responder a permanentes tentaciones de inmadurez personal y colectiva: la tentación de la facilidad del vivir¹⁴⁰, descargando en otro las propias responsabilidades, la tentación de la grandeza¹⁴¹, pasando por alto el desorden de que muchas veces está preñada la contestación a otro desorden, la tentación del repliegue sobre sí mismo, del retorno a un estado de infancia¹⁴², como protección ante situaciones que parecen desbordar la propia capacidad de respuesta a la hostilidad del medio o lo novedoso de los problemas, tentación, en fin, de un «pseudohumanismo, pseudoespiritualismo, que doblega al hombre bajo la trama de las espiritualidades más burdas y de las místicas más ambiguas, el culto de la raza, la nación, el Estado, la voluntad de poder, la disciplina anónima, el Jefe, los éxitos deportivos y las conquistas económicas»¹⁴³.

4.2. *¿Superación del individualismo y el colectivismo?*

El fascismo viene autopresentándose como superación del individualismo capitalista y del colectivismo marxista, pero en realidad es más una sustitución externa de formas, en aras de la eficacia y del desarrollo de ciertas fuerzas emotivas, que una superación de las estructuras contestadas: así, cambia el liberalismo por el capitalismo de Estado, estataliza el movimiento obrero entregándolo maniatado a las fuerzas económi-

138. *MSP*, 575-76.

139. Cf. *RPC*, 257.

140. Cf. *Ib.*

141. Cf. *Ib.*

142. Cf. *MSP*, 578-79.

143. *RPC*, 257.

cas, o fortalece el totalitarismo mediante una mixtificación alienante del poder y sus figuras ¹⁴⁴.

Mounier reconoce en el fascismo viertos valores como son la necesaria dimensión trasformadora de las ideas, que no es patrimonio del pensamiento marxista, entendiendo que el hombre «está hecho para comprometerse y consagrarse, no para analizar el mundo desligándose de sus responsabilidades» ¹⁴⁵; o el intento de realizar una revolución espiritual recreando «hombres violentamente arrancados de la decadencia burguesa, cargados de todo el ardor que da el haber encontrado una fe y un sentido a la vida» ¹⁴⁶.

No obstante, estos valores, «auténticos aunque turbios»¹⁴⁷, son intuitivos y expresados más desde lo irracional que desde lo consciente, más desde una mística ensalzadora de un colectivo nacional, impersonal, encarnado —o más bien desencarnado—, en el Estado, que desde una restauración de la persona y, desde luego, más desde una agitación o efervescencia vital que desde la asunción serena de responsabilidades y destinos.

Del mismo modo que el individualismo y el colectivismo, el fascismo sigue pervirtiendo los valores personales ¹⁴⁸; más aún, la persona no tiene lugar en un todo brotado del miedo, conformado por una persona o un grupo iluminados, supuestos intérpretes de los intereses auténticos de la colectividad, ensoñados en las grandezas del pasado patrio o enardecidos en futuras empresas imperiales. En tal sistema, «la persona es despreciable; más aún es el enemigo, el mal. No puede pretenderse que se le atribuyan unos derechos (y libertades), puesto que no tiene existencia más que en la totalidad. He aquí el pesimismo radical, a pesar del aparente y contagioso optimismo, que carcome por dentro al fascismo (...). El fascismo no tiene fe en el hombre» ¹⁴⁹. Esta es la gran paradoja del fascis-

144. Cf. *RPC*, 256-7 y *MSP*, 714.

145. *MSP*, 577.

146. *Ib.*

147. *Ib.*

148. Cf. *MSP*, 575.

149. F. BLAZQUEZ, o. c. 93.

mo: el expolio de la persona en nombre de su regeneración.

Más falaz es su aprecio de lo comunitario. Las grandes masas electrizadas por el carisma del Jefe, enervadas por grandilocuentes programas y admiradas de la eficacia económica (muchas veces a nivel de producción, de ordinario nunca a nivel de participación) producen el efecto de una colectividad personalizada. No hay tal. Son masas anónimas, dirigidas por potencias anónimas, productivas en sociedades anónimas, un delirio colectivo «que adormece en cada individuo su mala conciencia, embrutece su sensibilidad espiritual y ahoga en emociones primarias su vocación suprema. Cárcel más dura, más secreta, más terrible por sus seducciones que la de las ideologías»¹⁵⁰.

Se opera así una reducción de la persona a la colectividad y de ésta al régimen¹⁵¹; persona diluida en el Estado o, como gustaba decir Mussolini, «el Estado es la verdadera realidad del individuo»¹⁵². Profundamente pesimista hacia el hombre, el sistema trata de asimilar a los individuos mediante empresas mitificadas y eslóganes ilusorios ya que, como advierte Mounier, cuando no se cree en la persona hay que acudir a los mitos para que exista comunidad¹⁵³: mitificación del pasado, al que se pretende exhumar más que reinventar, de un líder carismático en quien se subliman e hipostasian virtudes ausentes en la experiencia personal y colectiva diaria, de un partido intérprete infalible, incontestable y único de la voluntad popular, de un Estado constituido en divinidad inmanente¹⁵⁴.

4.3. *El fascismo no se combate, se previene*

Pensando en la situación francesa de 1936, pero en un análisis aún hoy válido, Mounier señala dos «índices negros»: la

150. *MSP*, 579.

151. Cf. *MSP*, 584. Una apreciación similar puede verse en las palabras de Dandieu, que Mounier hace suyas, en una llamada a "L'Ordre Nouveau" ante su deslizamiento parafascista, en *RPC* 260-61.

152. Citado en *MSP*, 580. El análisis mounieriano del estatismo fascista en *MSP*, 705-7.

153. Cf. *MSP*, 583.

154. Cf. *Ib.*

desesperanza ciudadana y la formación de minorías insolentes y brutales ¹⁵⁵ que, fusionadas, se convierten en elemento contestador de las sociedades decadentes ¹⁵⁶. De ahí la importancia de conocer la prehistoria del fascismo ¹⁵⁷, que se inicia de ordinario con una política de mano tendida a las fuerzas conservadoras y pretendida, y pretenciosamente, espirituales ¹⁵⁸.

El fascismo es el desenlace normal de las frustraciones causadas por una democracia formal, profesante de derechos cuyo uso el capitalismo inviabiliza; de ahí que el fascismo no se combata con «lacrimosas fidelidades democráticas, con unas elecciones que ni tan siquiera tienen fuerza para desplazar una de las Potencias reales del régimen, con indignaciones de sedentarios» ¹⁵⁹. Más bien hay que hacer frente a las situaciones y al espíritu prefascistas ¹⁶⁰, desenmascarando proféticamente el desorden del capitalismo que le sirve de caldo de cultivo, y acometiendo con energía las inaplazables transformaciones del sistema ¹⁶¹.

5. LA ALTERNATIVA MOUNERIANA: PERSONALIZAR EL SOCIALISMO

Procede ahora completar este estudio con una referencia, por rápida que sea, a la alternativa de Mounier a los sistemas vigentes en su época. De suyo, esa alternativa es todo el contenido de su filosofía personalista y comunitaria, no reducible a una opción de partido; por el contrario, generadora de una multiplicidad de opciones sólo unificadas por una intuición y

155. Vid. *CD*, 22.

156. Cf. *CD*, 23.

157. Cf. *Ib.*

158. Cf. *CD*, 24. Esta "prehistoria" aplicada a Italia, Alemania y España puede verse en *CD*, 24-28.

159. *RPC*, 257.

160. Cf. *CD*, 22.

161. Tales transformaciones no se mueven sólo en un nivel estructural sino radicalmente axiológico, en cuanto reinención de los valores que nadan perdidos en el liberalismo y amenazan ser malpescados por las fuerzas fascistas (Cf. *RPC*, 257-60).

un propósito básicos: que la persona no sea nuevamente aprisionada por las estructuras que conforman su realización social.

Lo que no le retiene en una paralizante ambigüedad. Mounier aspira a una personalización del socialismo¹⁶², y piensa a este respecto que la salvación de Occidente es una deseable y posible convergencia, axiológica y no puramente estratégica, de cristianismo y socialismo¹⁶³, y es evidente que, por su trayectoria política e intelectual, él era (y su pensamiento puede ser) un interlocutor válido del marxismo en la búsqueda de un humanismo socialista¹⁶⁴.

La alternativa de Mounier se sitúa abiertamente en lo que de modo convencional, pero con términos consagrados y por tanto significativos, se ha llamado de modo genérico «la izquierda», particularmente sensible «a lo espiritual de progreso y justicia (defendiendo) la parte de aventura humana, científica y social, las rupturas necesarias»¹⁶⁵. El socialismo mounieriano, más cercano a las grandes intuiciones libertarias que a las institucionalizaciones comunistas o socialdemócratas, no es una disciplina de partido, ni un voto ocasional de izquierda, ni una lucha organizada por el poder, sino un talante progresivo en marcha hacia la revolución socialista, pero revolución no sólo de estructuras, sino lo que es más hondo, eficaz y revolucionario, de estructuras y de espíritu, de ese espíritu del que se ha dicho que «no es ciudadano de derechas ni tiene su morada en la izquierda»¹⁶⁶.

Puede llamársele «socialismo de rostro humano» si se entiende por tal no una claudicación ante el poder de las grandes clases, ni el endulzamiento de las exigencias revolucionarias

162. Cf. QEP, 146.

163. Cf. G. CAMPANINI, "Emmanuel Mounier e l'etica dell'impegno", en *Ethica*, 3 (1965) 212.

164. A. C. COMIN, "Mounier a los 20 años de su muerte", en *Cuadernos para el Diálogo*, 83/84 (1970) 29.

165. CD, 54.

166. M. MACEIRAS, "Realidad personal en el pensamiento de Mounier", en J. DE SAHAGUN LUCAS (Dir), *Antropologías del siglo XX*. Salamanca, Sígueme, 1976, 108.

en una especie de «laborismo sin trabajadores»¹⁶⁷, sino la afirmación rotunda de las exigencias revolucionarias armonizadas con el rechazo no menos inequívoco de la burocracia anonimizante y desiniciativa de algunas experiencias socialistas históricas.

Aunque es verdad que «es imposible aislar una "política" en (el pensamiento) de Mounier (ya que) él no ha dejado técnicas de organización de la ciudad, y los breves espacios de su obra donde ha creído necesario bosquejar las estructuras del futuro son ciertamente las menos»¹⁶⁸, pueden encontrarse algunas pistas que indican qué entendió él por «personalización» del socialismo:

— Socialización de las relaciones productivas sin estatizar los sectores de producción, planificando la economía sobre una ética realista de las necesidades, devolviendo a su orden natural el primado del trabajo sobre el capital, de la responsabilidad personal sobre el mecanismo anónimo del servicio sobre el lucro, de los organismos sobre los mecanismos¹⁶⁹, es decir, una economía descentralizada hacia la persona¹⁷⁰.

— Liberar al socialismo de los estrechos cauces de los partidos que se califican como tales, situando el compromiso personal y colectivo entre la historia, esto es la eficacia de las acciones políticas, y la profecía, anuncio y testimonio de valores trascendentes¹⁷¹.

— Integrar en la experiencia socialista lo más sano de las tradiciones democráticas. En concreto, Mounier reivindica la tradición primitiva del socialismo francés tan distante del socialismo «científico» impersonalista y de resabios totalitarios de la metafísica marxista¹⁷², tradición sensible al equilibrio de

167. *EP*, 59.

168. J. M. DOMENACH, "Los principios de la...", 64.

169. Cf. *MSP*, 681-702.

170. Cf. *RPC*, 240.

171. Cf. *EP*, 52-54.

172. En esto Mounier compartía un rasgo de su generación, puesto que "muchos jóvenes socialistas de la edad de Mounier no se sentían en modo alguno atraídos por el comunismo, sino por la ancha y profunda tradición republicano-socialista del país generador de la Revolución de 1789 (...). Si Mou-

los poderes públicos, la descentralización y las inspiraciones federalistas, de modo que la persona encuentre nuevas posibilidades y una nueva protección ¹⁷³, es decir, un Estado articulado al servicio de una sociedad plural y protagonista ¹⁷⁴.

— No separar la conquista de la libertad del hecho verificable de la liberación de las masas, lo que sería una abstracción narcisista, pero sin ceder al colectivismo de la acción ni adherirse a interpretaciones globales y sistemáticas de la historia como mero reflejo de las condiciones socioeconómicas; dicho de otro modo, la aceptación sincera de que la libertad no está en el mundo de las ideas, pero tampoco en el entramado de las estructuras económicas, sino en el hombre y en los hombres concretos ¹⁷⁵.

— Liberar la necesaria coordinación de las acciones del riesgo permanente de centralización y burocratización de las iniciativas, es decir, construyendo un socialismo no totalitario ¹⁷⁶ cuya red de organismos directores garantice a la persona su intimidad, su protagonismo y le dote de universalidad ¹⁷⁷. Ni dictadura de los políticos, ni dictadura de los tecnócratas ¹⁷⁸.

— Espiritualizar la revolución, es decir, ponerla al servicio del hombre total, que no se agota en las realizaciones históricas ni en las estructuras socioeconómicas: espiritualizar la revolución es entender que el espíritu humano es animador de las transformaciones de la historia y no cobertura del diletantismo conservador ¹⁷⁹.

— Dotar a las instituciones y los grupos sociales de una

nier en su etapa 1932-35 añora a Proudhon eso no se debe exclusivamente a su predominio o reverdecimiento en la España de preguerra, sino también a su reviviscencia en Francia por la misma época" (C. DIAZ, *Prólogo a E. Mounier, Revolución personalista y comunitaria*, Madrid, Zero, 1975, 5).

173. Cf. *MSP*, 716-20.

174. Cf. *EP*, 74.

175. Cf. E. MOUNIER, *Apéndices a Revolución Personalista y Comunitaria*, en *Obras*, Tr. por E. Molina, Barcelona, Laia, 1974, vol. I, 977.

176. Cf. *CD*, 159.

177. Cf. *RPC*, 189. Planteamiento similar al describir el orden legal y su función personalizadora, en *RPC*, 204.

178. Cf. *FC*, 514.

179. Cf. *RPC*, 189.

intención educativa¹⁸⁰, sin reservar ésta a la escuela y menos aún a los partidos¹⁸¹: la educación popular es la defensa de la persona frente a cualquier intento manipulador de su opinión o de extorsión de su soberanía. Si democracia es razón, dice Mounier inspirado en Proudhon, «democracia debe traducirse ante todo en el sentido de demopedia, educación del pueblo»¹⁸².

Nada mejor que sus propias palabras como resumen de cuanto viene dicho: «Nuestro cometido no es hoy ni fue ayer constituir un campo nuevo en la concurrencia de los campos, sino situados como estamos en el «campo» del socialismo contra el «campo» de la opresión y el desorden, conservar la movilidad de este margen, cada día creciente aunque todavía incoherente, de hombres que quieren el socialismo, pero un socialismo que no aplaste a tres generaciones para salvar a las siguientes»¹⁸³.

FERNANDO VELA LOPEZ

180. Cf. *RPC*, 472.

181. Cf. *RPC*, 715.

182. *AP*, 789.

183. E. Mounier, marzo de 1950. Citado por J. M. DOMENACH, *Mounier según Mounier...*, sin indicar fuente.